

Miguel Triana

# AL META

MCMXIII

Casa editorial de "El Liberal"

BOGOTÁ

do se contemplan los espacios en noche estrellada: se siente la provocación de un vuelo, la seducción de lo ignoto, el instinto errabundo de las migraciones.

La soledad y el silencio, la fuerte brisa que viene de allá abajo como mensajera de una región vacía, las lontananzas melancólicas de dos líneas de árboles que se alejan y se pierden de vista, despiertan en el espectador algo como la emoción de una despedida. El buque balanceándose en la rada, el pitazo de la locomotora, el camello enjaezado a las puertas del desierto, todo lo que promete irse prepara en nuestra alma la actitud de un *adiós*. Hay en esto una vaga tristeza.

Otros explicarán en qué consiste la provocación que ofrece la sabana al ensueño, a la meditación, al delirio. La vista del río quieto, del suelo mustio, del espacio callado, por qué levantan en el alma el misterio de lo eterno? Es que la ondulación que se amplía hasta el límite del horizonte transforma nuestras nociones de estática en nociones de dinámica, las cuales, por una sucesión en serie mental, conducen a la concepción vaga del infinito en el tiempo? Al borde del bosque que constituye la vida, limitada e inquieta, y al comienzo de la sabana que, por aquella metáfora mental, parece representar lo eterno, se medita y se sueña....

---

Dicen en Villavicencio que las leguas y las horas llaneras son muy largas. Cuando un habitante del Llano expresa una distancia, sea en magnitud lineal,



En el tiempo empleado en recorrerla, se tiene naturalmente a la noción de espacio a que está acostumbrado. La inmensidad enseña que las leguas y las horas son pasos y son instantes. Para quien mira por primera vez la sabana, le parece que es un potrero y que de punta a punta del bosque que la limita, no hay sino unas pocas cuadras. Por esto, a quien ha mirado por muchos años la engañosa perspectiva, le importan muy poco las leguas y las horas.

El hombre en la sabana es menos que una hormiga: a un kilómetro de distancia se le ve el sombrero y a dos kilómetros ha desaparecido entre el pajonal.

Cuando se alcanza a ver un vaquero que por casualidad anda por el mismo sendero que uno recorre, parece que estuviera quieto: sus pasos y los del caballo en que uno galopa se suman para la aproximación, pero la magnitud de los puntos de comparación hacen microscópicos el tamaño del hombre y su velocidad. Los árboles gigantes que bordean los linderos de una sabana, se ven como los enanos matorrales que sirven de valladar a cualquier predio rústico. Una enhiesta palmera que levanta su plumaje sobre el tallo rectilíneo, no se ve más airosa en la llanura que una espiga en un prado.

La consecuencia de esta ilusión de las magnitudes es el empequeñecimiento del panorama. La magnificencia del paisaje pierde, pues, mucho en la mente del espectador.

Como en el mar, el paisaje en el Llano es monótono. A uno y otro lado y a distancias más o menos